

taba al poder con la presencia de Madama en la Vendée. Para ello fué necesario poner el instrumento que se habia olvidado hacia algun tiempo, en relacion con el nuevo ministro de lo interior. Deutz puso desde luego algunas dificultades; las formas de M. Montalivet le habian convenido, y no supo sin pesar que no era con él con quien tenia que tratar su negocio; pero estas prevenciones duraron poco. M. de Montalivet hizo subir consigo á Deutz en su coche, y se encargó de ser su introductor con el nuevo ministro. M. Thiers y Deutz se entendieron.

Este judío se habia hecho un personaje importante. Por él era por quien M. Thiers llegaba al ministerio del interior, porque Deutz era el instrumento de la captura de Madama, captura que era la misión que M. Thierstenia que llenar. Deutz acababa de hacer un ministro, é hizo ademas un prefecto. M. Mauricio Duval fué nombrado prefecto del Loire inferior, el 18 de octubre. Todo el negocio estaba encerrado en estas tres personas: MM. Thiers, Duval y Deutz.

Este último precedió algunos dias al nuevo prefecto en Nantes. Viajaba bajo el nombre de Jacinto, y el ministro de lo interior le habia asignado por compañero de viage á M. Joly, comisario de policía. Sin duda una parte de la recompensa prometida habia sido pagada, y se ponía en vigilancia la persona de Deutz hasta que hubiese entregado la presa que debia ya al poder. Se queria estar seguro de que él llenaria en conciencia las condiciones del ajuste, y guardaria la fidelidad de la traicion.

LIBRO NOVENO.

Cuales eran los medios de llegar hasta Madama.—Deutz le hace saber su venida.—María Carolina duda recibirle.—Primera negativa.—Deutz se dirige á Paimboeuf.—Nuevas falsedades.—María Carolina recibe á Deutz.—Queda este en la ignorancia de si Madama habita la casa de las señoritas Dugigny.—Desesperacion y ansiedad de Deutz.—Trata de obtener otra entrevista.—Los amigos de Madama se oponen á ello.—Medio que toma Deutz para triunfar de esta oposicion.—El dia de la audiencia señalado al 6 de noviembre.—Impaciencia de Deutz.—Sus temores.—Sus palabras en la mesa de su huésped.—Apresúrase á llegar á la cita.—Es admitido á la presencia de la princesa.—Esta recibe una carta que la aconseja no se confie.—Madama lee este pasage á Deutz.—Respuesta de este.—Se retira.—Arresto de María Carolina, despues de dos dias de pesquisas.—Diez y seis horas de agonía.—El fuego prende en los vestidos de Madama.—Su salida del secreto.—Sus primeras palabras.—Se acuerda de su hijo, de sus amigos, y se olvida de si misma.—Dirige un consuelo á M. Guibourg.—La guerra á lo San Lorenzo.—Madama es conducida al castillo de Nantes.—Desenlace del armamento de 1832.

Los medios que Deutz tenia de penetrar hasta S. A. R. eran numerosos. Madama no dudaba de su adhesion y de su celo: habiale sido recomendado de un modo obligatorio en Roma, y creia en su probidad política y en sus sentimientos de piedad. Además habia olvidado que hay traidores, despues de seis meses que residia en el suelo clásico de la lealtad, en la incorruptible Vendée. Deutz, como se ha dicho,

habia desempeñado algunas misiones con inteligencia; se encontraba en relacion con personas influyentes en la opinion realista: de este modo partió de París con pliegos importantes que tenia encargo de entregar en las manos de la princesa.

Luego que estuvo en Nantes consiguió hacer anunciar su llegada á Madama. Pero el reciente nombramiento de M. Mauricio Duval habia inspirado algunas inquietudes. Temíase que algun agente de policía hubiese usurpado el nombre de Deutz para hacer caer á Madama en un lazo. Asi que, se respondió que los pliegos de que hablaba debian entregarse anticipadamente en manos de una tercera persona, y que en seguida se veria si habia lugar á introducir cerca de Madama al portador de ellos. Deutz rehusó acceder á esta proposicion, diciendo que iba á pasar algunos dias en Paimboeuf y que esperaba que á su regreso S. A. R. tendria á bien recibirle. Marchó en efecto, siempre con M. Joly, que la policía habia unido á su persona como una sombra. Los dos viajeros se presentaban, el uno como un capitalista que queria comprar tierras, y el otro como un agrimensor. El judío iba ya á comprar el campo de los treinta dineros?

A su vuelta, despues de haber renovado sus instancias, sin más suceso, se decidió á entregar los papeles importantes de que estaba encargado para S. A. R. Entonces Madama, bien convencida de que era Deutz en efecto, quien reclamaba de ella una entrevista, consintió en recibirle. Al entregar los despachos, Deutz habia tenido cuidado de decir que estaba además encargado de una mision verbal para S. A. R. y de otras comunicaciones que solo ella podia recibir.

En su consecuencia, fué introducido en uno de

los últimos dias de octubre, en casa de las señoritas Duguigny. No obstante, se habia tomado la precaucion de disponerlo todo de manera de no dejar ver á Deutz que la casa á donde se le mandaba ir, era la que habitaba la Duquesa de Berry. Si Madama era confiada como la lealtad, la vigilancia de los que la rodeaban era desconfiada como el cariño. Se hizo entrar á Deutz el primero en la sala en que la princesa debia recibirle. Esta pareció en seguida; estaba vestida como si viniese de fuera á una casa estraña que no habitaba de ordinario, sino donde habia venido solamente para encontrar á Deutz. Despues de algunos minutos de conversacion, Madama se levantó y aparentó disponerse á salir; pero despues como recapacitando dijo á Deutz. «Mejor es que salgais vos primero, y yo esperaré algunos minutos para marcharme, porque no conviene que se nos vea juntos.»

Deutz salió desesperado. Habíase frustrado el golpe. Pensaba que Madama no habitaba aquella casa; y entonces, cómo cumplir sus promesas? Cómo ejecutar su ajuste? No pudo comunicar á M. Duval mas que sus incertidumbres. El prefecto se encontraba en la mayor perplexidad: una tentativa aventurada lo comprometia todo. Qué imaginar? qué hacer? Mandar registrar la casa de las señoritas Duguigny? Pero si Madama no habitaba aquella casa, y no era aprehendida, esta visita domiciliaria la revelaba la traicion de Deutz, y le advertia para tomar mas precauciones. De este modo todo el plan se frustraba, y la prisionera vendida ya al poder, le eludia.

Despues de largas deliberaciones se decidió que era necesario que Deutz hiciese los últimos esfuerzos para obtener una segunda entrevista con Madama. El medio de que se sirvió fué al mas infame, porque

hizo, si así puede decirse, á la virtud cómplice de su crimen, y con el nombre de Dios en los labios, obtuvo los medios de consumir su traicion.

Habia en Nantes una religiosa que poseia toda la confianza de Madama, por su admirable santidad, y una piedad rara. Deutz se presentó á ella afectando todos los exteriores de la devocion, y consiguió convenirla de que tenia que hacer una importante comunicacion á la princesa. La emocion, decia, que habia experimentado en su presencia, le habia impedido hacerla esta comunicacion en la primera audiencia. La religiosa á quien se dirigió, le creyó sincero, é hizo una gestion con Madama á fin de determinarla á recibir segunda vez á Deutz. Los decididos amigos que rodeaban á S. A. R. la habian disuadido hasta entonces de conceder esta nueva audiencia: ellos no desconfiaban de Deutz, pero temian que, siendo extranjero en la ciudad, fuese seguido por la policia, y revelase aun sin quererlo el asilo de S. A. R.

Señalóse en fin el dia fatal de la audiencia para el 6 de noviembre; la casa de las señoritas Dugui-gny fué designada para cita. A las cuatro y media se dirigió Deutz á la calle alta del castillo con el ansia de la traicion. Temia á cada momento recibir una contraorden, y vivia despues de algunos dias en una impaciencia febril; su corazon estaba preñado de un crimen. Algunos dias antes del 6 de noviembre, hablábase en la mesa redonda de los cuidados de la vida, y decia que concebía perfectamente el suicidio: «Por qué no os matais, le interrumpió el que estaba inmediato á él, y hareis hablar de vos?» Deutz respondió, os aseguro que antes de ocho dias se hablará de mí, sin que me haya suicidado.»

Deutz decia la verdad: se iba á hablar de él, y

aquel dia era el que debia conquistarse la inmortalidad (1).

Admitido en presencia de S. A. R. Deutz le hizo la comunicacion que habia preparado de antemano. Cuando aun estaba hablando trageron una carta á la princesa. Esta carta estaba escrita con tinta blanca: se mojó en una agua destinada al efecto, y S. A. R. despues de haberla leído, se volvió hácia Deutz y le dijo sonriéndose: «Deutz, me dicen que seré vendida por alguno en quien tengo toda mi confianza: será acaso por vos?»

Deutz respondió: «Señoral podria V. A. R. sospechar de mi semejante infamia, despues de tantas pruebas de fidelidad y de adhesion como la tengo dadas? En seguida se retiró y fué á entregarla.»

(1) M. Victor Hugo se ha encargado de dar á Deutz el diploma de la inmortalidad en estos admirables versos:

«Judío! los impuros tratantes á quien se vende el alma, tendrán que esperar largo tiempo, antes que uno mas infame venga á reclamar de ellos, en algun dia de espanto, el fondo del saco lleno de oro que hicieron vomitar sobre tí!»

«No es, ni aun un judío! Es un inmundo pagano, un renegado, el oprobio y el desecho del mundo; un corrompido apóstata, un oblicuo extranjero, quien nos dá á lo menos la felicidad de pensar que despues de tantos contratiempos, de tantas discordias civiles, no ha habido en nuestras ciudades un feróz vandido, un horroroso galeote encanecido en las prisiones, que haya querido comer en Francia el pan de la traicion!»

«Nada le decia á tu alma, oh miserable! que la proserpcion es venerable siempre! que no se puede golpear el seno que nos ha dado leche; que una hija de reyes, de quien se fué súbdito, no se pone en venta en el fondo de una infame caverna, y que aunque no fuese reina, era muger aun!»

«Vuelve á entrar en la sombra en donde están todos los monstruos corrompidos, que despues de cuarenta años escupen sobre nuestros despojos! Vuelvete á esa cloaca! y que

Desde aquí dejaremos hablar al general Dermoncourt. Ejerciendo un mando en el Oeste, él fué el encargado, en la parte militar, de la prision de Madama. Así pues, su relación tiene un carácter oficial que la hace inminentemente propia á figurar en esta obra. Además, su cualidad de adversario político de la princesa, no permite sospecharle de parcialidad favorable en el relato de una de las circunstancias mas importantes de la vida de la duquesa de Berry.

He aquí la narracion del general Dermoncourt. «Deutz, al salir de la casa, corrió á la del prefecto. Al pasar cerca de la sala de comer, cuya puerta estaba entreabierta, habia dirigido una ojeada, hácia aquella parte y habia contado siete cubiertos en la mesa. Sabia que las señoritas Duguigny habitaban solas en la casa; luego era evidente que la duquesa iba á ponerse á la mesa. Deutz dió cuenta á

jamás tu cabeza, ni en el día de la desgracia, ni en el del regocijo parezca mas ante el sol de los vivientes!

«Que á la manera de un humo infecto abandonado á los vientos, y del que todo el mundo huye, vague tu vida á la ventura de ribera en ribera! Y, cállate! qué quieres pronunciar aun? Di! ¿no has vendido el honor, el verdadero tesoro? Conserva todas las bofetadas amontonadas sobre tu mejilla que puede excusar al crimen y al artificio en el lodo!

«Sin que un amigo te reciba, bajo el umbral de su hospitalario techo, marcha, cual otro judío errante! marcha con el oro que se vé brillar por entre los dedos de tus mal cerradas manos! Todos los bienes del mundo en perfumados racimos penden delante de tí, porque el rico todo lo tiene acá bajo, fuera del honor, que no puede comprarse! Apresúrate á gozar, maldito! y marcha sin descansa; y que al verte diga todo el mundo: ese es el traidor! Marcha! y que el remordimiento sea tu solo compañero! Marcha! sin poder arrancarle de tu nombre! Porque el desprecio público, sombra de la bajeza, crece de año en año,

M. Mauricio Duval de lo que habia visto, invitándole á apresurarse, á fin de poder llegar al medio de la comida, porque no era seguro que la duquesa se quedase allí. El prefecto, que, desde por la mañana, habia concertado sus medidas con la autoridad militar, que desde el estado de sitio reunia todas las atribuciones, se dirigió al momento casa del conde d' Erlou, despues de haber prevenido se guardase de vista á Deutz en una sala por un agente de policia, en tanto que se aseguraba de la exactitud de su denuncia. Yo fui avisado inmediatamente por el conde d' Erlou, y diez minutos despues, todas nuestras

y retoña sin cesar, engruesándose sobre los perversos traidores como la hoja del abeto siempre verde. Y cuando un día la tumba, esa profunda celada que se abre de repente bajo las cosas del mundo, te hará, agitado de espanto y de horror, pasar de esta vida á la realidad, la realidad sombría, eterna, inmóvil! cuando de instante en instante mas solo y mas débil, tú te agarrarás en vano á tu tesoro; cuando la muerte se acerque á tí, recostado en montones de oro, vaciando ásperamente tu mano llena y apretada, como la mano de un niño que un hombre abre sin trabajo, entonces caerás en ese abismo al que descenden todos los traidores, revolcándose unos en el fango y teñidos otros de sangre, caerás perdido sobre la playa fatal que Dante Alighieri vió con los ojos del delirio! Caerás condenado, desesperado, desterrado!... á fin de que tu delito no quede impune, y que tu alma errante en medio de aquellas almas, sea allí la mas despreciable entre las mas infames! Y cuando te vean parecer en medio de ellos, aquellos engañadores cuyos horribles nombres escriba la historia, que el oro tentó en otro tiempo, pero á quien, de generacion en generacion cada pueblo que pasa viene á escupir en el rostro, todos ellos, los mas oscuros como los mas famosos que llevan sobre sus labios un beso emponzoñado; un Judas, que vendió á su Dios, un Leclere que vendió su ciudad, grupo de ojos torbos, raza vil é ingrata, todos correrán gozosos á tu encuentro, y Louvel indignado rechazará tu mano!—*Noviembre de 1832.*

disposiciones militares estaban concertadas, y dadas las órdenes al comandante de la plaza el coronel Simon Lorriere.

»Un considerable despliegue de fuerzas era necesario por dos razones: la primera, porque podia haber rebelion entre la poblacion; la segunda, porque era necesario rodear una manzana entera de casas. En consecuencia, mil y doscientos hombres se pusieron en movimiento, que desde la mañana tenían la orden de estar prontos.

»Los dos batallones se dividieron en tres columnas bajo mi mando, acompañado del conde d' Eilou y del prefecto que dirigia la operacion. La primera conducida por el comandante de la plaza, descendió por el paseo, dejando los centinelas escalonados á lo largo de las paredes del jardin del Obispado, y de las casas contiguas, y se encontró al frente de la casa de Duguigny, donde se desplegó.

»La segunda y tercera columnas, á cuya cabeza estaba yo, dirigiéndose por la calle del Obispado, atravesaron la plaza de san Pedro y se dividieron allí: la una, que yo conducia, descendió la calle grande, volvió por la de las Ursulinas, y vino á reunirse por la calle Baja del Castillo, á la columna mandada por el coronel Simon Lorriere.

»La tercera, despues que yo la hube dejado, bajó directamente la calle alta del Castillo, y vino, bajo el mando del coronel Lafeuille, del 56 de línea, y del comandante de húsares, á reunirse á las otras dos, y formar en frente de la casa de Duguigny. Así la circunvalacion fué completa.

»Eran las seis de la tarde; la noche se presentaba hermosa. Por las ventanas de la habitacion en que estaba, la duquesa veía levantarse la luna sobre un cielo sereno, y á su luz dibujarse en un fondo oscu-

ro las macizas torres del antiguo castillo. Hay momentos en que la naturaleza parece tan dulce y tan cariñosa, que no se puede creer que en medio de aquella calma, un peligro vele y nos amenace. Los temores que habia suscitado en la duquesa la carta que habia recibido de París, se habian desvanecido á la vista de este espectáculo, cuando repentinamente, acercándose M. Guibourg á la ventana, vió brillar las bayonetas, y avanzar hácia la casa la columna mandada por el coronel Simon Lorriere. Retiróse inmediatamente y exclamó: *Salvaos, Madama, Salvaos!* Madama se precipitó á la escalera, y todo el mundo la siguió. El secreto se habia ensayado, y se habia reconocido que no era posible colocarse en él sino por orden de talla; entrando el primero M. de Mesnard, y así se habia ejecutado: en rigor podia contener cuatro personas durante el tiempo de una simple visita. Llegados al secreto y abierta la chapa, entró M. de Mesnard y le siguió M. de Guibourg; quedaba la señorita Stylita de Kersabiec, que no queria pasar antes que Madama. La duquesa la dijo riendo: En buena estrategia, Stylita, cuando se ejecuta una retirada, el comandante debe marchar el último. La señorita Stylita entró, pues, y la duquesa detrás de ella. Los soldados abrian la puerta de la calle cuando se cerraba la del secreto.

»Entró la tropa en el piso bajo, precedida de los comisarios de policia de París y Nantes, que marchaban con pistola en mano: la del uno de ellos se disparó por su inesperienza en el uso de esta arma, y le hirió en la mano: la tropa se repartió en toda la casa. Mi deber era rodearla y lo habia hecho; el de los de policia era registrar, y yo los dejé hacer.

M. Joly reconoció perfectamente el interior por los pormenores que le habia dado Deutz; y encontró

la mesa, que aun estaba puesta con los siete cubiertos, aunque las dos señoritas Duguigny, Madama Charette, y la señorita Celesta de Kersabiec fuesen en apariencia las únicas habitantes de la casa; principió por asegurarse de estas señoras, y subiendo la escalera como un hombre habituado á la casa, fué derecho á la boardilla, la reconoció, y dijo bastante alto para que la duquesa lo oyese: *He aqui la sala de audiencia.* Madama no dudó ya desde entonces, que la traicion que la anunciaba la carta de París, era relativa á Deutz. Sobre la mesa habia una carta abierta. M. Joly se apoderó de ella, y era la que la duquesa habia recibido y habia leído en alta voz. Desde aquel momento ya no quedó duda de que Madama estuviese en la casa; la dificultad estaba en encontrarla.

Colocáronse inmediatamente centinelas en todas las habitaciones, al mismo tiempo que la fuerza armada cerraba todas las salidas. El pueblo se reunia, y formaba un segundo recinto al rededor de los soldados: la ciudad entera habia descendido á las calles y las plazas. Las pesquisas se habian principiado en el interior: los muebles se abrian cuando parecian las llaves, ó eran descerrajados si faltaban: los zapadores y los albañiles sondeaban las tablas y las paredes á grandes golpes de hachas y martillos: los arquitectos conducidos á cada aposento, declaraban que era imposible, según su conformacion exterior comparada con la interior, que contuviesen escondite alguno, ó no le encontraban si le habia. En uno de estos, se descubrieron diversos objetos, entre otros, impresos, joyas y plata labrada perteneciente á las señoritas Duguigny, pero que en el momento aumentaron la certidumbre de encontrarse la prisionera en aquella casa. Llegados á la boardilla, fuesen

ignorancia, fuese generosidad de su parte, declararon que allí menos que en ninguna otra parte podria haber un escondite. Entonces se pasó á las casas contiguas, y en ellas se continuaron las pesquisas: al cabo de un instante, la duquesa oyó los martillazos que se daban contra la pared del aposento vecino á su retiro; los cuales eran tan fuertes, que los pedazos de yeso se desprendian sobre los reclusos, y temieron alguna vez que la pared entera se desmoronase sobre ellos.

Al mismo tiempo escuchaba las injurias y las imprecaciones de los soldados, fatigados y furiosos de la inutilidad de sus pesquisas.—Vamos á ser hechos pedazos, dijo, esto está concluido. Ah! mis pobres hijos!—Despues dirigiéndose á sus compañeros:—Sin embargo, por mi es por quien os encontrais en esta horrorosa posicion.

Mientras esto pasaba arriba, las señoritas Duguigny habian mostrado la mayor serenidad, y aunque guardadas de vista por los soldados, se habian puesto á la mesa, invitando á madama Charette, y la señorita Celesta de Kersabiec á hacer otro tanto. Otras dos mugeres eran tambien de parte de la policia el objeto de una vigilancia particular, y eran la camarera Carlota Moreau, señalada por Deutz como muy adicta á los intereses de la duquesa, y la cocinera Maria Bossy. Esta última habia sido conducida al castillo, despues al cuartel de la gendarmeria, en donde, viendo que resistia á todas las amenazas, se trató de corromperla. Cantidades cada vez mas fuertes la fueron ofrecidas, y ostentadas á su vista sucesivamente; pero ella respondia constantemente que ignoraba dónde estaba la duquesa de Berry. En cuanto á madama de Charette, se hizo pasar desde luego por una de las señoritas de Kersa-

bien, y había sido conducida con su pretendida hermana á la casa de esta última, que estaba en la misma calle á treinta pasos de allí.

»Entretanto despues de tantas pesquisas infructuosas, durante una parte de la noche, las indagaciones se entibiaron: se creia evadida la duquesa, y otros dos ó tres reconocimientos intentados ya en diferentes localidades parecian predecir el mismo resultado. El prefecto dió pues la señal de retirada, dejando por precaucion un número de hombres suficiente á ocupar todas las piezas de la casa, con el comisario de policía, que se establecieron en el piso bajo. La circunvalacion continuaba, y la guardia nacional vino en parte á relevar la tropa de línea, que fué á tomar algun descanso. Por la distribución de los centinelas, tocó á dos gendarmes la boardilla en donde estaba el secreto. Los encerrados se vieron obligados á permanecer inmóviles, por fatigosa que fuese la posición de cuatro personas amontonadas en un espacio de tres pies y medio de longitud, sobre diez y ocho pulgadas de ancho por uno de los extremos, y ocho ó diez por el otro. Los hombres experimentaban un inconveniente mas, y era que, guardando el secreto la misma proporción en la elevación que en el fondo, apenas les permitia mantenerse de pie, aun pasando la cabeza por entre los cabrios. En fin, la humedad y el frio de la noche filtraba por entre las pirrazas, y penetraba hasta los aprisionados; pero ninguno se atrevia á quejarse, porque Madame no se quejaba tampoco.

El frio se aumentaba en términos que los gendarmes que estaban en el aposento no podian resistirlo: el uno de ellos bajó, y volvió con algunos maderos. A los diez minutos un fuego magnifico brillaba en la chimenea, detrás de cuya chapa estaba oculta la duquesa.

»Este fuego, encendido solo en beneficio de dos personas, aprovechó bien pronto á seis, y helados como se hallaban, los encerrados se felicitaron por de pronto. Pero la ventaja que les procuró este fuego, se cambió bien pronto en una incomodidad insostenible. La chapa y la pared de la chimenea luego que se calentaron, comunicaban al pequeño retrete un calor que aumentaba por instantes: la pared estuvo en breve encendida en términos de no poder tener en ella la mano, y la plancha casi se hizo ascua al mismo tiempo: aunque no era de dia, volvieron á emprenderse los trabajos de los obreros en sus pesquisas: las barras de hierro y los maderos redoblaban sus golpes sobre el muro del escondite, y le hacian temblar, persuadiendo á los reclusos que la casa de Duguigny y las contiguas iban á ser demolidas. La duquesa notenia, pues, mas alternativa de esperanza, si podia resistir al fuego, que quedar sepultada entre los escombros. Sin embargo, en medio de todo esto, su valor y su alegría no la abandonaban, y muchas veces, segun me han dicho despues, no pudo menos de reirse de las espresiones militares de los dos gendarmes vigilantes. Su conversacion se apuró bien pronto: uno de ellos se habia dormido, á pesar del espantoso ruido que se hacia á su lado en las casas vecinas, pues por la vigésima vez todas las indagaciones venian á concentrarse al rededor del secreto. Su compañero habiéndose ya calentado, habia cesado de echar lumbre: la plancha y la pared se iban enfriando. M. de Mesnard habia conseguido separar algunas pizarras del techo, y el aire exterior habia renovado el interior. Todos los temores se volvieron entonces hácia los demolidores, que con grandes golpes sondeaban la pared que les cercaba, y una especie de tablado colocado cerca de la chimenea. A cada martillazo se des-

prendían pedazos de yeso, y el polvo caía dentro. En fin, ya se creían perdidos, cuando los obreros abandonaron aquella parte de la casa, que por instinto de demolidores habían tan minuciosamente explorado. Los prisioneros respiraron; la duquesa se creyó salva; pero esta esperanza no fué de larga duración.

El gendarme que velaba, deseando aprovechar el momento de silencio que acababa de suceder al diabólico estrépito que había conmovido toda la casa, llamó á su camarada, para dormir el otro rato: aquel se había enfriado con el sueño y se despertó helado: apenas hubo abierto los ojos, su primer cuidado fué el de calentarse: púsose á atizar el fuego, y viendo que la leña no ardía tan pronto, aprovechó una enorme cantidad de paquetes de la *Cotidiana* que se encontraban en el aposento, arrojados bajo una mesa, para animar el fuego que ardió de nuevo en la chimenea.

La llama producida por los diarios dió un humo mas espeso, y un calor mas vivo que el que se había sentido la primera vez, produciendo un peligro gravísimo á los encerrados: el humo pasó por las hendiduras del tabique de la chimenea, conmovida por los martillazos, y la chapa, que no se había enfriado enteramente, estuvo bien pronto hecha ascua. El aire de aquel reducido espacio se hacia por momentos menos respirable; los que estaban encerrados en él, se veían obligados á aplicar sus bocas contra las pizarras, á fin de cambiar con el aire exterior su encendido aliento: la duquesa era la que padecía mas, porque habiendo entrado la última, se encontraba en contacto con la chapa: cada uno de sus compañeros le ofreció repetidas veces, cambiar de puesto, pero jamás quiso consentir en ello.

Entretanto al peligro de ser asfixiados se unia

el de ser abrasados vivos. La chapa estaba hecha ascua, y las orillas de los vestidos de las mugeres estaban próximos á inflamarse. Por dos veces había prendido ya el fuego en la ropa de la duquesa, y le había sofocado entre sus manos, sin quejarse de las quemaduras, cuyas señales conservó largo tiempo. Cada minuto se rarificaba mas el aire interior, y el exterior entraba en muy pequeña cantidad por los agujeros del techo, para renovar aquella atmósfera abrasadora. El pulmon de los prisioneros se iba imposibilitando de aspirar; permanecer diez minutos mas en aquella especie de horno, era comprometer la vida de la princesa; todos la suplicaban que saliese, pero ella no queria. El fuego prendió otra vez en su ropa, y otra vez le apagó, pero al movimiento que hizo para levantarse, oprimió el resorte de la chapa, que se entreabrió un poco: la señorita de Kersabiec llevó al momento la mano para volverla á cerrar, y se la abrasó considerablemente.

Los movimientos de la chapa habían hecho rodar los tizones, y habían llamado la atención del gendarme que divertía su fastidio leyendo *Cotidianas*, y que creía haber construido su edificio pirótecnico con mas solidez. El ruido producido por las tentativas de la señorita de Kersabiec, produjo en el soldado una idea singular. Se figuró que había ratones en la chimenea; pensando que el calor iba á obligarlos á salir, despertó á su camarada, y ambos se dispusieron á darles caza con sus sables.

Entretanto el calor y el humo aumentaban por instantes los tormentos de los escondidos: habiendo hecho la chapa un movimiento, uno de los gendarmes dijo: «¿Quién está ahí? La señorita de Kersabiec respondió: —Nos rendimos, vamos á abrir; quitad el fuego.

»Los gendarmes se arrojaron inmediatamente á separar la lumbre, verificándolo con sus pies. La Duquesa salió la primera, precisada á sentar sus pies y sus manos en el encendido hogar: sus compañeros la siguieron. Eran las nueve y media de la mañana, y hacia diez y seis horas que estaban encerrados en aquel retrete, sin alimento alguno.

»Las primeras palabras de la duquesa fueron para preguntar por mí. Uno de los gendarmes fué á buscarme al piso bajo, de donde no había querido separarme.

»Subí al momento acompañado de M. Baudot, substituto del procurador del rey en Nantes, y muchos oficiales que se encontraban allí. Mi deber y los sentimientos de atención me llamaban. Cuando llegué, ya la princesa había dejado la pieza del secreto, y se encontraba en la que había recibido á Deutz, y que M. Joly había llamado la sala de audiencia. Se había encerrado en una especie de gabinete para no estar espuesta á las miradas de los curiosos que subían por verla. Apenas la señorita de Kersabiec la hubo anunciado mi llegada, cuando salió:—*General, me dijo con viveza, yo me rindo á vos y me entrego á vuestra lealtad! Señora*, la respondí: *V. A. R. está bajo la salvaguardia del honor francés.*

»Condúgela en seguida hácia una silla; tenía el semblante pálido, la cabeza descubierta y los cabellos en desórden: llevaba un vestido de napolitana, sencillo y de color oscuro, lleno de quemaduras por las orillas, y estaba calzada de unas chinelas listadas: al sentarse me dijo:—*General, he llenado los deberes de una madre para recuperar la herencia de su hijo.* Su voz era breve y acentuada.

»Apenas estuvo sentada, buscó con la vista los otros prisioneros, y habiéndolos visto en fin, á excep-

ción de M. de Guibourg, le hizo llamar. Inclínose en seguida hácia mí:—*General, me dijo, deseo no ser separada de mis compañeros de infortunio.* Se lo prometí, en nombre del conde d' Erlón, porque estaba seguro de que aceptaría mi palabra.

»Mi ayudante de campo, y mi secretario se habían dirigido, uno casa del conde d' Erlón, y el otro á la de M. Mauricio Duval, á prevenirles de lo que acababa de pasar; M. Duval llegó el primero.

»Entró en la pieza en que estábamos con el sombrero puesto, como si no hubiese en ella una dama prisionera que, por su rango y por sus desgracias, merecía mas consideraciones que las que en otro tiempo se le habían tenido! Aproximóse á la duquesa, la miró llevando groseramente la mano al sombrero que apenas levantó, y dijo:—*Ahl sí, ella es!*—Y salió al momento á dar disposiciones.

»Quién es ese hombre? me preguntó la princesa. »Su pregunta era natural, porque M. Duval se presentaba sin ninguna señal distintiva de su alta posición administrativa.

»Señora no lo adivinais? la respondí.

»Guardó un momento silencio, y respondió en seguida:—No puede ser sino el prefecto.

»Yo la respondí que no se equivocaba, y que efectivamente era él.

»Y ese hombre ha servido bajo la restauración?

—«No, Madama.

—«Doy la enhorabuena á la restauración.

»En este momento volvió á entrar M. Mauricio Duval y pidió á la duquesa sus papeles. Madama dijo que se buscase en el secreto, y se encontró una cartera blanca que había quedado allí. El prefecto fué á buscarla y la entregó á la duquesa.—Señor pre-

fecto, le dijo con dignidad, las cosas que contiene esa cartera son de poca importancia, pero debo dároselas por mí misma, á fin de designaros su destino.

»Después de la entrega de papeles se efectuó la del dinero.—Sabe Madama cuánto dinero tiene? preguntó el prefecto.

»Deben encontrarse en el secreto unos treinta y seis mil francos, de los cuales doce mil son de las personas que me acompañan.

»A este tiempo llegó el conde d' Erlón, empleando para entrar todas las atenciones que M. Duval había juzgado inútiles.

»Me habeis prometido no dejarme, me dijo la princesa en voz baja.—Os reitero mi promesa.

»La duquesa se levantó, se dirigió entonces hácia el conde d' Erlón y le dijo:—Señor conde, me he confiado al general Dermoncourt, y os suplico me concedáis que permanezca á mi lado. Le he pedido no ser separada de mis amigos de desgracia, y me lo ha prometido en vuestro nombre; tendreis la bondad de cumplir su palabra?

»M. d' Erlón la respondió que estaba pronto á ratificar lo que yo había prometido, y que siempre se le encontraría dispuesto á conceder, con el mayor gusto, todo aquello que estuviese en sus facultades.

»Estas palabras tranquilizaron á la princesa, que, viendo que el conde d' Erlón me llamaba á parte, y me hablaba en voz baja, se separó á hablar con M. de Mesnard y la señorita de Kersabiec.

»El conde d' Erlón me hizo observar entonces, que la señorita de Kersabiec y M. de Mesnard podrian permanecer con la princesa; pero que en cuanto á M. Guibourg, creía que la autoridad judicial le reclamaría para restituirle á la prisión en que se encontraba antes de su evasión, pues que había un proce-

so criminal entablado contra él. Pensaba también que la Duquesa debía ser conducida cuanto antes al castillo, donde según sus órdenes y las del prefecto todo estaba dispuesto para recibirla.

»Me aproximé entonces á Madama, y la dije que si se sentía un poco mejor, sería tiempo de que dejásemos aquella casa.

»Y á dónde quereis conducirme? dijo mirándome fijamente.

»Al castillo, Madama.

»Y de allí á Blaye, sin duda?

»La señorita de Kersabiec se adelantó entonces hácia mí y me dijo:—General, S. A. R. no puede ir á pie.

»Yo la respondí que un carruaje no haría mas que embarazarnos, y que Madama podia hacer á pie aquel tránsito, que era muy corto, cubriéndose con una capa.

»La princesa se decidió al momento, y tomando mi brazo exclamó:—Amigos míos, partamos!

»Cuando pasamos por delante de la boardilla, dirigió una última mirada hácia la chapa de la chimenea que había quedado abierta. Después volviéndose á mí:—Ahi general, me dijo, si no me hubieseis hecho una guerra á lo san Lorenzo, lo que, entre paréntesis, no es correspondiente á la generosidad militar, no me tendríais á estas horas asida á vuestro brazo.

»Así se terminó la insurrección de 1832, y la empresa acometida por la Duquesa de Berry. En estas últimas escenas, llenas de tantas emociones y peligros, Madama había desplegado una fortaleza de ánimo, y un valor que había sobrepujado á la esperanza de sus mismos amigos, ó impuesto respeto á sus adversarios. Cuando después de una agonia de

